

Pregón de Semana Santa 2013

Leído en la concatedral de Santa María el día 22 de marzo de 2013 a las 20,00 h.

José Ramón López de los Mozos

Autoridades civiles y eclesiásticas, presidente y miembros de la Junta de Cofradías de Guadalajara, señores y señoras, amigos todos:

Si la palabra pregón significa la publicación de algo mediante la palabra en los lugares públicos para que todos lo sepan, vaya mi pregón enhorabuena a todos ustedes que tan amablemente se han molestado en asistirme con su presencia.

Al pregonero se le ocurre que un pregón no debe ser rimbombante ni barroco y que antes debe ser agradable al oído y, si fuera posible, algo emotivo, porque los tiempos que corren no están para mayores tristezas que las propias de estas fechas y de las circunstancias que atravesamos.

Por eso, quien tiene el honor de hablarles en esta ocasión, piensa en los años ya lejanos de su niñez, cuando la capital, una capital de provincias como tantas otras, no alcanzaba los veinte mil habitantes, cuando en las calles nos encontrábamos todos y nos conocíamos y nos saludábamos y preguntaban por nuestras familias. Cuando el mundo parecía estar más al alcance de la mano y los tiempos apenas parecían moverse. Quizá porque, como se dice, recordar sea vivir dos veces.

Recuerdo, pues, que por aquellas fechas, mis abuelos paternos vivían en un piso bajo en la Carrera, -la antigua Carrera de San Francisco donde los caballeros medievales y renacentistas hacían

sus alardes de vanidad ecuestre-, en el número 12 de esa calle interminable, a mis ojos infantiles, que entonces tenía el suelo convexo en el centro para evitar los charcos, por la que aun transitaban carros tirados por mulas y que era paso obligado para las procesiones de Semana Santa que por aquellas fechas desfilaban.

Parece como si lo estuviera viendo ahora mismo. No eran muchas las personas que ocupaban las aceras y la barbacana del Paseo de los Canónigos. El silencio era atrayente, un silencio raro y desacostumbrado que se podía cortar de tanta materialidad, a pesar de que eran años de menos coches y el ruido social era infinitamente menor, un silencio que llamaba la atención, que todos se empeñaban en mantener y que apenas rompían algunas toses reprimidas de cuando en cuando, el llanto contenido de alguna mujer cercana de ojos aguanosos, o el quejido tenue de un niño al que le había llegado la hora del biberón.

Por el centro de la calle, escoltado por cuatro guardias civiles con los cañones de sus fusiles descargados apuntando a tierra, uno en cada esquina, avanzaba lento el Santo Sepulcro, empujado por un par de mozos -no tanto- del Ayuntamiento. A los lados los zapadores escoltaban la imagen yacente, mientras el sonido de los hierros de sus botas llenaba el silencio nocturno. Cuatro grandes hachones de cera enviaban un humo denso y oscuro al aire que ya refrescaba y, a veces, sus llamas parecían fluctuar y querer apagarse con la brisa tenue que hacía que los circunstantes alzasen el cuello de sus abrigos.

Sí, entonces no había espectadores, porque una procesión de Semana Santa no era un espectáculo, de suerte que las mujeres participaban musitando una sencilla oración o simplemente santiguándose al paso de la imagen, de la Virgen, de Cristo en la cruz o de Cristo muerto, mientras los hombres, descubiertos,

inclinaban la cabeza en señal de respeto. Las luces de los bares se apagaban y muchas veces se cerraban sus puertas.

Al final de la calle, llegando casi a la Mariblanca, solía haber alguien que entonaba una saeta que sonaba a sentimiento de pena, a oración pública, a petición de perdón, a arrepentimiento verdadero... Dicen que era una gitana la que cantaba, una gitana guapa de las vivían al otro lado de La Concordia, en las callejas que todavía dan al Arrabal del Agua y a la travesía de San Roque, tal vez una de las hijas de Pedro “el Rico” y bajo el balcón del que salió la voz, delante del Sepulcro, unas mujeres vestidas de negro hasta los pies, cubierta la cabeza con peineta y mantilla, cual damas ibéricas oferentes, con los dedos entrecruzados sujetando entre las manos un rosario y un libro de oraciones. Ahora que pasan por mi mente estos recuerdos como si de una película de cine se tratase, que las veo tan nítidas, pienso en las “marías” de las tablas flamencas, de esos descendimientos al estilo de Van der Weyden, que tanto impacto causan y en los que el Crucificado es bajado de la cruz por José de Arimatea y Nicodemo ante la mirada dolorosa de María, su madre, que sufre con él y que sujeta en su desfallecimiento Juan el Evangelista y, al otro lado, María de Magdala arrepentida. No sé por qué pienso en esta estampa tan cruel en su contenido y al tiempo tan dulce en su arte inigualable. Quizá exista una relación entre aquella María Magdalena y estas mujeres que caminan serias ante las miradas de la gente. Anónimas miradas que parecen querer preguntar algo sin llegar a atreverse.

Sigue lenta la comitiva. Tras la imagen que va sobre ruedas trepando la cuestuda calle, va el clero y tras él las autoridades de gala. La Banda de Música Provincial, encabezada por el Maestro Pinilla, entona sones apagados, como corresponde y cierra la comitiva que completan hombres y mujeres de mirada triste,

gentes llegadas de todos los barrios, las mismas que cambiarán su sentimiento por alegría cuando el desfile sea el de Ferias y Fiestas o el del Corpus y sus Apóstoles.

Son esas sensaciones que perduran a lo largo de la vida, como pegadas al cuerpo, ancladas en el más vivo recuerdo, a las que con tanta frecuencia solemos echar mano cuando deseamos pasar un momento agradable. Es como volver a pegar la naricilla infantil en el cristal de la ventana y dejar que el vaho difumine la visión de los copos de nieve que van cubriendo lentamente la calle, los árboles. Una fotografía virada en sepia.

Ahora, los tiempos son otros, ni mejores ni peores: diferentes, y con ellos han llegado los cambios y las formas de ser se adaptan a ellos, aunque, en verdad, no es posible afirmar que la historia de la Semana Santa de Guadalajara se remonte a muchos años atrás, puesto que excepto dos -la de la Virgen de la Soledad y la de Nuestra Señora de los Dolores-, el resto de las cofradías que han llegado hasta nuestros días es posterior a la guerra del 36-39. La citada en primer lugar, la de la Virgen de la Soledad, al parecer data de 1469, una de las más veteranas de España, aunque con los naturales vaivenes propios de la historia, de modo que fue reconstituida en 1682 y mucho más tarde, en 1817, bien pasada la guerra de la Independencia.

La segunda, la de Nuestra Señora de los Dolores, viene del siglo XVI para prestar asistencia a los parroquianos de la iglesia de Santa María de la Fuente la Mayor.

Son muchas las horas de preparación y ensayo que requieren los cargadores para estar a punto y procurar que todo esté medido y bien medido el día que haya que sacar la imagen. Surge como una especie de pugna sana entre las cofradías para ver cual de ellas es la que más lucidamente hace su recorrido en el tiempo

establecido. Y eso es bueno, ese “pique” sin malicia que no es más que pundonor y buenos deseos de éxito. Ya lo saben todos.

Después toda la actividad de las cofradías se desarrollará desde el Domingo de Ramos, con la bendición de palmas y ramos y la procesión de la “Entrada de Jesús en Jerusalén”, más conocida como “de la borriquilla”,

Jesús que triunfante entró
domingo en Jerusalén
por Mesías exclamó,
y todo el pueblo en tropel
a recibirle salió.

Con muchos ramos y palmas
jazmines y violetas
que sembraron por la tierra,
por donde el Señor pasaba
se abrían todas las puertas.

Domingo de Ramos (Canredondo).

hasta el Domingo de Resurrección en que tiene lugar la casi recién nacida procesión “del Encuentro” que mantienen la Virgen de los Dolores y Cristo Resucitado, sin olvidar el resto de los días de la semana, de modo que el Miércoles Santo es la procesión de la Virgen Dolorosa la que lentamente, con la pausa que la ocasión

requiere, se irá acercando hasta la cárcel, en recuerdo del indulto de un preso que se vino celebrando hasta hace relativamente pocos años.

Tengo que reconocer que es la otra procesión que guardo en la memoria desde mis días infantiles. Aquel hombre sacado de la mazmorra, con la cara tapada, desnudo de pies, encorvado por el peso de la cruz -una cruz que siempre me pareció de las de verdad, maciza, pesada...- y arrastrando unas cadenas atadas a los tobillos que, con el andar iban rompiendo el silencio de la noche con el metálico sonido de sus eslabones. ¡Dios cuanto padecimiento a cambio de la libertad! Pero es así y así estaba establecido. Que al fin y al cabo, los pasos de la Semana Santa no son más que representaciones materializadas, a veces con gran despliegue artístico, de la Pasión, Muerte y Resurrección de Nuestro Señor. Una forma de hacer partícipe al espectador para que de simple y mero espectador pase, por contemplación, a imitar al propio Cristo en sus padecimientos, en su largo camino, en las estaciones que le condujeron al Monte de la Calavera, que es la muerte, este tránsito efímero que ahora, con estos pasos, queremos recordar y si es posible, asumir en nuestras propias carnes, aunque como antes dije, los tiempos hayan cambiado y ahora los cierres de los bares no se bajen ni se apaguen las luces, que el sentimiento es el de cada cual y va con él.

El Jueves Santo son dos cofradías las salen con sus pasos: la de Jesús Nazareno, creada en 1946 y cuya imagen fue tallada dos años después por el imaginero Cruz Solís, y la de la Pasión de Nuestro Señor, que lo hace acompañada por el Cristo de la Expiración y la Virgen de la Piedad. Y no conviene olvidar que momentos antes tendrá lugar el Lavatorio en el que participan, como es costumbre antigua, los miembros de la cofradía de los Apóstoles.

Cuan humilde y amoroso
toma una blanca toalla
el Señor, y puesta al hombro,
una bacía con agua
para hacer el lavatorio.

Púsose a los pies de Pedro
el Señor para lavarlos
y al punto se arrojó al suelo
diciendo: maestro amado
eso yo no lo consiento.

Eso de lavar mis pies
para mí, Señor se queda
soy un pobre pecador
que vengo de baja esfera
más vos no, mi Redentor.

Vos sois un Señor tan grande
y yo cual vil gusanillo
primero prefiero ser antes
ser de fieras comido
que consentir que me laves.

Le miró el Señor y dijo
si no te dejas lavar
no me tendrás por amigo
y menos podrás gozar
del Eterno Paraíso.

Al punto arrojóse al agua
diciendo lava mis pies
y todo mi cuerpo lava
Señor, aquí me tenéis
vuestra voluntad se haga.

El Lavatorio (Canredondo)

Y, finalmente, el Viernes Santo, en procesión matutina, sale el Cristo del Amor y de la Paz, apelativo verdaderamente democrático pues que fue elegido por los propios parroquianos de San Ginés a petición de aquel sacerdote emprendedor que fuera Don Julián, así, por antonomasia.

Después vendrán las procesiones vespertinas, que componen esa otra más grande y aglutinadora del “Silencio y Santo Entierro”, en la que el resto tiene cabida. Es, sin duda, la procesión de mayor belleza, puesto que en ella se concentra el celo de todas las cofradías y hermandades y es, además, la de mayor participación.

Nunca olvidaré la primera impresión que me causaron aquellos hombres vestidos de rojo y negro, sin el capuchón que llevaban los nazarenos del resto de cofradías que en mi infancia me recordaban a los verdugos de las películas. Luego supe que se trataba de la Hermandad de Excombatientes. Esa tela negra que les tapaba el rostro y que nada más dejaba ver un par de ojos que, muchas veces, parecían mirar fijamente, preguntando tal vez ¿a que no me conoces? ¿a que no sabes quién soy? Un juego inocente que tantas veces se ha producido después, que obliga a fijarse en el más mínimo detalle, en los zapatos, en si lleva gafas o no, en si es mujer... hasta que un pequeño guiño, un gesto, nos saca de duda.

Pero la Semana Santa es amplia en esta tierra alcarreña y, además de en la propia capital, son muchos los pueblos que la celebran, y cada día más, aunque, por desgracia se hayan perdido algunos aspectos que la hacían más participativa, pues las mujeres siempre han estado al frente de las imágenes, acompañándolas, abriéndoles paso y cantando aires populares con los que, a su modo, dejaban exteriorizar sus sentimientos de tristeza ante la mirada maciza de un Cristo atado a la columna que hizo un pastor a punta de navaja, o de alegría al quitarle el manto negro a su Virgen y ponerle otro sin luto, que Cristo ha resucitado y dentro de poco se van a ver y saludar.

A la puerta de la Iglesia
las mozas hemos venido
a darle las Santas Pascuas
a la Virgen y a su niño.

A la puerta de la Iglesia
nuestros pies puestos están
Dios Padre nos da licencia,
Dios Hijo nos manda entrar,
Dios y el Espíritu Santo
nos ayudará a cantar.

Por la calle *vie* la Virgen,
por el cementerio Dios
y en medio de las dos rejas
se han encontrado los dos.

En la Cruz se han encontrado
la Virgen y Jesucristo

y en la Cruz donde murió
días van que no se han visto.

Ya repican las campanas,
ya sale la procesión,
ya sale la Cruz de plata
y el colorado pendón.

Quítale el manto de luto,
mayordomo de María,
quítale el manto de luto
y pónselo de alegría.

La Pascua de Resurrección (Bocígano)

Así son las procesiones “del Encuentro” de tantos pueblos agazapados entre los pliegues de esta tierra dura que tantos esfuerzos ha costado acostumbrar, para que de una mínima cosecha con la que poder sobrevivir a duras penas.

Hoy, las procesiones de la Semana Santa, o si se quiere Semana Grande o Mayor, de Guadalajara, son relativamente distintas a las de ayer, aunque su fin sigue siendo el mismo.

Los pasos van ahora a hombros de los cargadores, que las carrozas ya no llevan ruedas, y son muchas las flores y las velas que adornan las imágenes en su deambular procesional por las calles de la vieja Guadalajara conventual, la Guadalajara de los siglos dorados, que parecen querer sobrevivir a las novedades exteriores. Es otro el recorrido y otro el modo de verlas de las gentes, unas veces con fe en lo que las imágenes representan,

otras con admiración por el boato de las cofradías o la belleza de los pasos, por tradición, quién sabe por cuantas cosas.

Pero como antes he dicho, el fin que se persigue es el mismo que se perseguía antaño: recordar, vivir, padecer, sufrir -siempre de una manera aproximada, con el alma y el corazón- en las propias carnes, en las entrañas, aquel auténtico vía crucis pasional que Nuestro Señor Jesucristo, como Hombre, tuvo que soportar hasta su muerte en la cruz.

Vía o camino lleno de caídas que le produjeron dolor.

Muerte en la cruz, tras una larga agonía.

Y posterior Resurrección, al tercer día.

Un ciclo que se repite porque aquí el camino es la vida cargada de pecados que solo se limpiarán a través de la muerte, para nacer a una nueva vida tras la Resurrección. Viene a ser, perdóneseme la comparación, como la semilla que debe morir en la tierra para germinar con la llegada de la primavera.

Muchas gracias.

(Guadalajara, 22 de marzo de 2013)